

Acierta, según mi parecer, en la asociación de los cambios poéticos a finales del siglo XVII con la crisis de la epistemología renacentista (págs. 41-42, y también 70, 72, 107, 123-124 y 128). Darst [*Imitatio*, 1985] desarrolla la relación del Gracián de *Agudeza* con Galileo, Bacon y Descartes, para unirlo con la enseñanza de los sensibles propugnada por los jesuitas. De su experimentalismo y empirismo del mundo sensible ya había hablado Orozco [*Góngora*, 1953], tal como cita Pérez Lasheras.

En la segunda parte aborda los conceptos fundamentales en aquella coyuntura de cambio: la variedad, imitación y la relación *res/verba*. Egidio, Darst [*Imitatio*, 1985] y el *Libro de la erudición poética* de Luis Carrillo son sus apoyaturas principales de forma sucesiva.

Acto seguido analiza la ordenación de los libros de poemas de la época, como síntoma precioso de los gustos de la segunda mitad del quinientos [«Del Cancionero General a los Cancioneros» (págs. 111-121)]. A través de tal análisis demuestra el triunfo del criterio de la variedad. Después se produciría el tránsito “de la variedad a la subversión genérica” (págs. 122-134). En paralelo a este cambio, se pasa del respeto al vulgo, “casi con devoción en las décadas finales del siglo XVI” por parte de los escritores, a un tratamiento cínico y burlón “ya muy a comienzos del siglo XVII” (pág. 128).

Es muy útil la lista que ha recopilado de obras poéticas, individuales o colectivas, que reflejaron en su título esta moda de la variedad (págs. 84-85) y algo esquemático el estudio de la ordenación de los cancioneros, como él mismo reconoce (págs. 113-121). Esta infrecuente –casi insólita– vía de investigación promete frutos, al igual que su llamada de atención sobre las consecuencias en la poesía culta de la irrupción de los cancioneros y de la lírica tradicional que contienen (págs. 49 y 109).

En la tercera parte reflexiona sobre la categorización de la poesía barroca a la luz de la distribución y clasificación de la materia poética en los libros de poesía editados en la época. Ello le da pie para describir la clasificación que encierran las colecciones de poesía gongorina del siglo XVII, de las que selecciona una veintena (págs. 146-153).

Por último ensalza cómo el comentarista Chacón (págs. 162-163) comprende, y nos ayuda a comprender, la originalidad del poeta andaluz. Para dar forma editorial a las obras de don Luis, Chacón se ve obligado, con muy buen tino, a combinar una división externa por géneros métricos y otra interna, por materias, donde introduce la categoría de lo burlesco.

El razonamiento de *Más a lo moderno (Sátira, burla y poesía en la época de Góngora)* tiene su colofón en esta tercera parte, que puede ser una ejemplificación de los contenidos desarrollados en la primera y la segunda, si nos atenemos al título del libro. O bien el punto álgido del discurso de todo el libro, si de lo que se trata es de explicar debidamente contextualizado el texto del colector de las obras gongorinas Antonio Chacón presentado al final. De cualquier modo *Más a lo moderno* es un buen complemento de *Fustigat mores*, que había caracterizado el concepto de sátira en el Barroco.

Pablo CUEVAS

REE, Heillette van, *Ortega y el humanismo moderno*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza (Anexos de *Tropelías*, col. “Trópica”, 1997, 166 págs.

Una consecuencia capital del advenimiento de un nuevo siglo es que va a originar un necesario –podría incluso decirse ineludible– replantamiento de la definición, periodización y clasificación de los hechos estéticos y literarios del siglo que concluye. Los temas y conceptos del discurso cultural nacional, que con el tiempo se han hecho rutinarios, van a experimentar un proceso de reorganización y caracterización distintas de las que han prevalecido hasta ahora. Uno de esos temas que requieren replanteamiento es la distintividad y el valor del pensamiento español del siglo XX y, dentro de él, específicamente de la figura de Ortega y Gasset.

De acuerdo con esta situación epistémica propia de nuestro momento finisecular, el propósito más general del libro de la profesora van Ree es la reconstitución intelectual de la figura de Ortega a partir de principios y conceptos determinantes de la crítica de las dos últimas décadas. Esa reconstitución se

orienta, además, hacia la reconsideración del concepto de humanismo, que –desde Sartre y Heidegger a Foucault y Paul de Man– ha entrado en una fase de crisis y reconsideración profunda. Los dos objetivos centrales del libro –la reposición conceptual de Ortega y la apertura nueva al fundamental tema del humanismo– le confieren una elevación y distinción notables.

Con la explosión crítica posestructuralista y la hibridización y eclecticismo característicos de la estética finisecular, Ortega ha tendido a convertirse en una figura extraña y lejana, un objeto académico más que una realidad cultural activa. Van Ree se propone revitalizar a Ortega y darle una viabilidad nueva para nosotros.

La posición metodológica más productiva para enfrentarse con Ortega debe distanciarse de una lectura literal y positivista que impida la consideración renovadora de su obra a partir de una crítica definida por principios actuales. Esa crítica positivista, falsamente objetiva, promueve una configuración de Ortega subordinada a un pensamiento jerarquizante y reductor, incompatible con la situación cultural actual. Puede alejar, además, definitivamente a Ortega de nosotros a causa de su visión social y política que es contraria al impulso popular de la cultura favorecido por la estética posmoderna. A Ortega –como a otros autores equirables a él, desde Unamuno a Pérez de Ayala– hay que aproximarse desde una posición que lo haga vital para nosotros y lo ponga en conexión con los principios epistémicos actuales. Esta es la orientación conformadora de Ortega y el humanismo moderno. El libro estudia a Ortega a partir de las ideas del pensador y crítico norteamericano Hayden White, en particular su concepto de la historia como una forma estética sometida a los principios generales de la narratividad más que de la ciencia empírica. El libro relaciona a Ortega, además, con dos pensadores de Europa central –Burckhardt y Huizinga– que consideraron el tema de Europa a partir de una exploración renovada de las raíces originales de la europeidad. Es particularmente valiosa esa asociación ya que permite la reubicación de Ortega como un pensador preocupado por la visión clásica de la temporalidad. Esa visión, ajustada a los principios del orden y la normatividad, valora las estructuras conceptuales simétricas y estables por encima de la indefinición y fluidez que la cultura popular internacional ha implantado con una uniformidad tan amplia como ya insípida. Una historia fundamentada en hechos capitales del pasado, como el Renacimiento, es contraria a la negación del tiempo histórico que domina el discurso cultural reciente, desde el minimalismo a la diseminación de Derrida. Los dos capítulos dedicados a Burckhardt y Huizinga son ejemplares por su capacidad sintetizadora y la claridad expositiva, cualidades que caracterizan al libro en general.

A las tres secciones introductorias que tienen como propósito ubicar a Ortega en un medio cultural internacionalmente extenso les suceden tres capítulos con un análisis minucioso de obras primordiales del autor aparecidas en la década de los años veinte: *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo* y *La deshumanización del arte*. Esos análisis están entre los mejores sobre esas obras y proponen una lectura recuperadora de Ortega reconceptualizándolo y reasimilándolo para el contexto cultural actual. Ortega aparece así como un pensador para quien la integración conceptual y la elaboración de un humanismo con una orientación universalizante son un impulso fundamental. Esta versión crítica de Ortega es posible a partir del contexto singular en que aparece su obra: Ortega no podía adherirse a la visión determinista y apocalíptica de la crisis de la civilización clásica occidental, propia desde Spengler a Benjamin y Lukács, porque se percibe a sí mismo no como un crítico analítico negativizante sino como constructor de los parámetros de un discurso amplio y acogedor para la comunidad española que ha carecido de él en su historia moderna.

Como indica la profesora van Ree, el “extraordinario valor [de Ortega], descansa en ese modo de argumentar, en las maneras en que ordena sus juicios, tan únicos, claros y sugerentes, que permiten al lector estar de acuerdo o en desacuerdo con los argumentos, pero ante todo le dejan entrar en diálogo, discursivizar con el contenido” (128). La visión fatalista de los pensadores contemporáneos de Ortega, fundamentada en la realidad europea confusa y turbulenta del primer tercio del siglo, no puede materializarse de modo real en Ortega porque queda superada por el impulso de una misión más inmediatamente significativa para él. Una misión sintética más que deconstructiva: crear el contexto de un diálogo nacional incitador y preservador de la diferencia y, a partir de ese contexto, revertir una historia

incivil señalada por la intolerancia y la negatividad. Por esa razón, a pesar de haber sido considerado por algunos sociólogos culturales como un pensador conservador, con una fijación en la preservación de un *status quo* amenazado por las transfiguraciones de una modernidad carente de un horizonte definido, Ortega visualiza de modo progresivo y optimista no sólo la específica situación cultural española sino el desenlace último de la angustiada encrucijada del proyecto moderno en la que los hombres de su momento se vieron insertos al margen de su voluntad. A pesar de sus reservas y matizaciones, Ortega no cuestiona nunca de manera irrevocable la influencia beneficiosa de la metodología racional para elaborar principios –o ficciones– con una capacidad de convicción decisiva.

Además de su conocimiento del material crítico y su claridad, el valor principal del libro de van Ree es el establecimiento de un diálogo fructífero con Ortega y, a través de esa conversación con él, devolvemos un Ortega que sigue siendo discursivo ya que nos habla con una voluntad de integración, diafanidad y serenidad que puede ser todavía productiva para la comunidad cultural española. Puede, además, servir, como se indica en *Ortega y el humanismo moderno*, para abrir una vía epistémica alternativa frente al desierto axiológico al que nos ha arrojado la emergencia abrupta y casi simultánea del desvanecimiento de las grandes utopías ideológicas y la indeterminación posmoderna. El libro de van Ree sitúa a Ortega en un medio internacional, con una bibliografía amplia y políglota que se extiende desde Cassirer y Jakobson a Bourdieu, Inman Fox y Germán Gullón y lo hace con una metodología estructurada y gradual y un lenguaje preciso. Debemos felicitarnos de la publicación de este libro en un momento en que es cada vez más necesaria la reactualización y nueva lectura de los iconos culturales del pasado desmonumentalizándolos y reaproximándolos a nosotros con una renovada urgencia.

Gonzalo NAVAJAS
University of California, Irvine

SALDAÑA, Alfredo, *Modernidad y postmodernidad: filosofía de la cultura y teoría estética*, Valencia, Episteme, col. Eutopías/Maior, 1997.

Existen muchos artefactos apropiados para el análisis y el diagnóstico de la salud de una época. Por ejemplo, puede medirse la fiebre de la ciudad en que sueñan los contemporáneos: la meticolosa óptica con que Benjamin disecciona la cotidianidad del París de la segunda mitad del XIX dice más de las inquietudes reales que entonces atronaban que muchos de los documentos positivistas inspirados por la euforia que hipnotizara a unos y otros en aquellas décadas. También podrían tomarse como indicios de consistente solvencia los encanallados epistolarios o los testimonios de los poetas, quienes dictan la desnudez irreverente de las creencias que no tienen cobardía de crecer.

Pero acaso uno de los artefactos más reveladores sean las polémicas que, extendido su afán, se convierten en frecuente material de cambio. O, si se quiere, en evidencia de la pertenencia a un momento histórico. Banderas de antiguos y modernos en la larga hora de la primaria maduración de la conciencia moderna, banderías irritadas en torno a la cuestión del ateísmo en la segunda mitad del XVIII alemán, banderías amargas respecto a la soberanía popular en la inflamada Europa del XIX, y, en fin, banderías irreconciliables en la primera mitad de nuestro siglo en relación a esa contundente denuncia con que Sartre abriera el editorial del primer número de *Les temps modernes*: “tous les écrivains d’origine bourgeoise ont connu la tentation de l’irresponsabilité”.

Pues bien, si alguien tuviera el mal gusto de recuperar nuestra imagen, el alimento de nuestras conversaciones que no pasan de ser un lamento o una mueca a propósito de Munch, la atmósfera de los concilios letrados de los últimos treinta años del siglo XX, no podrá esquivar la polémica sobre el carácter y sentido de lo que conocemos como postmodernidad. Tres décadas. Pero nuestro tiempo se ha condensado. Técnica. Comunicación. Exuberancia. Noticias. Internet. El largo viaje de la carroza, y las pobres estrategias de la noticia que circulaba aromatizada con el almíbar de la clandestinidad y la sospecha del destierro, sustituidas por la osadía de la simultaneidad, por la retracción del horario. Tres décadas que resumen, desde la perspectiva de los acopios, medio siglo. La vida de un hombre, forzada.